

te. Para los males que proceden de esa ignorancia, el poeta no propone ningún remedio porque ya ha dado uno: el poema mismo. El arte es la medicación de la comunidad para la peor enfermedad de la mente: la corrupción de la conciencia". Como muestra de la traducción hecha por Juan Ferraté, presentamos la célebre balada de Vachel Lindsay "Los búfalos apacentados de flores", tomada de su libro "Going to the Stars" (1926): "Los búfalos apacentados de flores — de las primaveras de antaño — vagaban por donde las locomotoras cantan — y las flores del prado se agachan. — El oloroso césped agitado y floreciente — ha sido barrido por el trigo — a su vera, ruedas y más ruedas giran — en la primavera dulce siempre. — Pero los búfalos apacentados de flores — ha muchas primaveras se marcharon. — Ya no cornean, ya no braman — en torno a las colinas, ya no vagan; — con los "Pies Negros" se acostaron — con los "Pawnees" yacen acostados.—*Juan Marín.*

<https://doi.org/10.29393/At361-362-75WWVM10075>

"WALT WHITMAN, EL VISIONARIO DE LONG ISLAND", de *Mahfud Massis*  
Editorial Nascimento, Santiago

La figura y la obra de Walt Whitman han sido estudiadas por escritores de diversas latitudes. Su mensaje estético y filosófico se ha materializado en obras literarias y en postulados sociales. Podría afirmarse que jamás un autor diera motivo para tantos libros, para tan plurales y disímiles ensayos. Y a pesar de ello, el poeta chileno Mahfud Massis ha emprendido la tarea de ir anotando las visiones poéticas y humanas del rapsoda de Long Island.

Walt Whitman, según expresión de un gran poeta hispano, León Felipe, no tiene familia, es hijo de la tierra más que de la sangre, como todo norteamericano legítimo. Su lengua y cada molécula de su sangre nacieron en aquella tierra, fueron producto de aquellos vientos. Sus antepasados habían nacido en la tierra que él había de cantar y de ennoblecer.

El visionario de Long Island tenía una tarea sencilla y complicada al mismo tiempo. Era la de cantar sin descanso, una misma canción, tal vez distinta para cada lugar del país. En sus poemas llevaba una consigna: "No es preciso soñar en mundos despreciables".

Con razón se ha dicho que el "Canto a mí mismo" es el momento más luminoso de Whitman. En sus páginas rebullen doctrina y mensaje. La obra es un gran poema polifónico, "una sinfonía donde no falta ningún instrumento, ninguna voz, ningún paisaje".

Su vida entera está en sus canciones. Por eso, para desentrañarla, para darle un sentido biográfico, es imprescindible seguir el filo de sus acrobacias poéticas de sus palabras y, sobre todo, de sus silencios. He ahí la labor de Mahfud Massis.

El autor ha estudiado la obra del poeta norteamericano, situándole en las condiciones sociales de su especial momento vital. Ello le permite obtener conclusiones de sumo interés para la poesía.

El hombre como medida de todas las cosas necesita de un módulo para hacer resaltar sus proporciones exactas y relativas. Y he ahí que en las páginas de este ensayo surge la figura de Jesús, magno punto de referencia y de valoración. Entonces, el ensayista escribe: "¡Qué hermosa pareja hubiesen hecho Cristo y Walt Whitman! El uno, seguro de su tristeza; el otro, firme y sereno en su alegría, pero unidos, en las profundidades, por un amor inextinguible hacia los mortales. El uno, ofreciendo un reino, allá lejos donde los ojos nada perciben, patria de ilotas y de miserables; el otro, un paraíso sobre la misma tierra, cimentado en la igualdad democrática. ¡Dos poetas del pueblo!".

Sin duda, esta breve serie de equivalencias y de contrastes bastan para fijar, en cierto modo, los perfiles y la íntima esencia de la poesía de Whitman.

Pero es necesario reflejar su imagen en otros espejos. Será el ejemplo de Nietzsche. Y las diferencias se exponen: "Es la diferencia que puede haber entre un montañés que maneja el hacha, y un mosquetero que maneja la espada. Pero el hachero tiene el pulso de acero y la mirada de águila. Es lento, pero solemne, y hiere con profundi-

dad, aunque carece de los matices del esgrimista alemán, cuya táctica desconcierta, y cuya hoja penetra, a menudo, a inusitada profundidad”.

Una breve meditación nos sitúa en dos ámbitos filosóficos, distintos en apariencia, con ciertos nexos, en definitiva.

Whitman amaba la vida. El problema de la muerte lo enfocaba como una realidad marginal, como un simple hecho. En sus buenos tiempos se paseaba por los cementerios, leyendo las inscripciones, vi- viendo confiado y gozoso entre los recintos de un mundo lleno de vivencias y de sugerencias.

Con frecuencia, a través de su obra, plantea los términos de la poesía social. He ahí un tema rico en proyecciones, hontanar de innumerables discusiones y problemas nacionales.

Mahfud Massis se plantea un interrogante: “¿Es el poema social un canto para las masas, o un canto de ellas?”

Y la respuesta involucra complejas derivaciones. El poeta puede estar al lado del pueblo, pero sin dejarse agotar por sus mandatos. “¿Por qué asaltar el último bastión de la personalidad del artista, exigiéndole la entrega de un mundo hecho a la medida, para que unas masas grandiosas, pero inapelablemente incultas, aprecien la actitud del artista aunque no lo entiendan? ¿Cuántos han hecho un arte popular más grande que Rabelais y Cervantes?”

Hubo adecuación entre la vida y la obra del poeta de Long Island. Tuvo las condiciones de bardo, unidas a las de profeta, un profeta laico, único posible en su época y en sus circunstancias nacionales. Siempre resultará indiscutiblemente perturbadora su acción mesiánica entre la ascensión material y el puritanismo de sus compatriotas.

Por obra y gracia de la poesía dió un nivel categórico a los objetos. El alma y el sexo, la muerte y la vida se equilibran en los platillos de una balanza ideal, apoyada en el propio corazón del hombre.

Esta fué la energía del poeta, de aquel ciudadano del mundo, cuando apenas los había, formado a su propia imagen y hechura.

La obra de Massis está escrita con pasión. Apoyándose en lo que ya pudo haberse dicho sobre un poeta, ha creado una obra original. Para llevar a cabo su propósito ha seguido el hilo de lo más importante de la producción de Whitman.—V. M.



“VALPARAÍSO”, de *Joaquín Edwards Bello*. Editorial Nascimento, Santiago

La prosa de Joaquín Edwards Bello tiene matices inconfundibles. En ella lo fundamental es la idea, por lo general nacida de una anécdota, tejida en torno a una realidad. Su manera de decir es sencilla, de indudable rigor formal, sin embargo. Por excepción, existe la frase recargada. Y esta manera de escribir obedece, sin duda, a una concepción de la vida y de la literatura.

Su obra “Valparaíso” presenta un material interesante para enfocar la infancia y la adolescencia como tema literario.

El autor, tal vez ajeno a las preocupaciones psicológicas, ha plasmado en bellas páginas la evolución anímica de su propia vida allá en los cerros de Valparaíso, en alguna casona de lugares vecinos. Se nos da, por añadidura, la estampa de mujeres otoñales hermosas y sensuales, de alguna muchacha vestida de colegiala, disparadero de amores ideales. Y de vez en cuando, surgen hombres extraños, ejemplares humanos que viven a su manera para justificar la ineludible tarea de estar en el mundo.

Con frecuencia, las anécdotas se van entrelazando. De su confrontación se obtiene la imagen, un tanto virtual, del escritor que ha novelado sus vibraciones de antaño, del hombre que para vivir sus recuerdos ha remontado los cauces de la vida.

Algunas páginas de esta obra nos confirman la idea de que los individuos, cuando deshacen el camino de los hechos observan que su espíritu quisiera proyectarse por la fácil vertiente de la ironía o